

Jinetes bajo la tormenta

DAVID MARTÍN DEL CAMPO

James Plynka nació con la luz. Una estrella de buen augurio fue la ejecución de su padre, en el presidio de Clifton Heights. La descarga eléctrica hizo que el viejo escupiera la placa dental y ahí delante, colada entre los testigos, su mujer perdiera el conocimiento y expulsara a la criatura que heredaría el nombre del convicto.

Terrible la hora en que Susan Plynka, la viuda de Plynka, firmaba el acta de defunción de su marido con ese bodoque sietemesino entre los brazos. Aún no se disipaba la fetidez que invadía el área de ejecución de aquella, la Prisión Estatal de Clifton Heights, cuando debió preguntar por una nodriza.

Susan Plynka era negra y su marido un polaco bueno para nada. Aquella noche, la de su arresto, el absurdo no pudo ser mayúsculo. Habían decidido robar los almacenes de la General Electric en Norristown y huir con el botín... lámparas, calefactores, aparatos de radio; a bordo de un lanzón que escurriría por el Schuylkill hasta depositarlos en el barrio norte de la ciudad esa misma madrugada. Eran los años de la ley seca y habían dejado medio oculta, medio visible y metida en una bolsa de papel en el área de los vestidores, una botella con nueve onzas de *bourbon*. Y no pasó desapercibida por el vigilante de turno, sólo que esa noche se adelantó el cambio de guardia y el policía de reemplazo, al ver a su compañero borracho sobre el escritorio de la posta, dio la voz de alarma y soltó el primer tiro hacia aquellas siluetas que se encaramaban contra la ventana del fondo. Sorprendente fue su puntería, pues el viejo James recibió el disparo en la rodilla izquierda. En cosa de segundos huyeron los compinches de Plynka, la barca vacía navegando esa noche hacia la próxima Filadelfia, y el viejo que gritaba "¡En-

cienda la luz, demonios! ¡Quiero ver mi pierna rota a la mitad!"

El vigilante lo dudó un momento, y fue lo último que haría porque al buscar el interruptor general tropezó con una de tantas mercancías por ahí desperdigadas, cayó de espaldas y se golpeó la nuca contra la caja de hormigón que guardaba el *master* de la energía eléctrica. Su muerte fue instantánea y el testimonio del agente borracho, minutos después, un dechado de honor y valentía. Fue ascendido a sargento segundo y el viejo Plynka sentenciado a la silla eléctrica del condado, ya se dijo, de Clifton Heights.

Hijo de un criminal, blanco para los negros y negro para los blancos, el joven James Plynka sería siempre un *outsider* gratuito buscando la vida en los resquicios de ese gran muro gris que es el *american way of life*. Quiso ser profesor de educación básica, pero su incipiente tartamudez nunca se lo permitiría. Quiso ser jinete de hipódromo —adoraba a los caballos, sus eternos interlocutores— pero a los 13 años ya pesaba las 142 libras reglamentarias del *jockey* profesional. Así las cosas, no tuvo más remedio que volverse tallador de barriada, primero, y del Club Astoria a partir de su mayoría de edad.

Plynka no era un *croupier* tramposo, *crup-trick* les llaman los clientes en Atlantic City, y que muy pronto se ganaban el abandono de los jugadores en aquellos salones aromatizados por el tabaco oscuro y el perfume barato. Especialidad de Plynka era el *black jack*, pero había ocasiones en que perdía los estribos con los *sietes* y era mandado a descansar a la mesa de los dados. Nada tan denigrante.

Un siete es el filo de cualquier combinación, tres sietes suman 21 y Plynka no lograba empatar nunca esa charada de

tres barajas, condenando con seguridad la noche al castigo que era el insomnio hasta media mañana. ¿No habían ejecutado a su padre el 7 de julio, es decir, no había nacido él, fatídicamente, con esos dos sietes marcando su destino?

Lo obsesionaban los números, y como lo suyo eran los caballos, cada vez que podía escapaba al hipódromo local o al de Long Island, a gritar como desaforado, perder algunos dólares y admirar esas máquinas articuladas que galopaban el óvalo de una milla sin perder el respiro. Qué maravilla un cierre de tres alazanes resuelto con el moderno proceso de *foto-finish*. El 7 de julio de 1946, al cumplir 22 años, había celebrado con sus amigos del Club Astoria. Alcanzaron las dos últimas carreras y en la séptima James Plynka simpatizó con una potranca bautizada *Elektra*, que al cierre pagaba 75 a uno. Apostar por los desvalidos, aunque sean 10 dólares, es un gesto de nobleza, y cuál no sería su sorpresa cuando la yegua lo obsequió esa noche de regocijo con putas y un Ford T de medio uso.

En esa ocasión el joven Plynka no se percató de nada.

Se casó con una mesera del club pero el divorcio en octubre les ahorró el gasto del árbol de Navidad. Siguió fiel a su paño de *croupier* y una noche le tocó servir ni más ni menos que al mismísimo Louis Armstrong, el vasto *Satchmo* luego de su show con la trompeta. No ganó una sola partida en la media hora que lo tuvo en la silla alta, y le regaló un dólar de plata de propina.

Hubo otro matrimonio, otro divorcio, otro auto. Esta vez un Packard casi nuevo y Plynka fue ascendido. Ahora coordinaba a los talladores del Club Astoria y ofrecía un curso, por las mañanas, a los aprendices de los otros clubes. No le iba mal con las damas, pero tampoco demasiado bien. Lo que todas las mujeres buscan es un hombre que les cuide el sueño, pero el arrullo es imposible cuando se arriba a casa con el fresco albor de la mañana. De modo que pasa-

do todo ese tiempo, James Plynka conservaba el optimismo y la pasión, irracional, por los caballos.

En su cumpleaños de 1957 celebró en el hipódromo de Miami. Había pedido sus vacaciones anuales y viajó con Listrata Davies, *Lizzy*, una cigarrera del Nemo's Club que prometía serenidad y, tal vez, matrimonio. Al menos concordarían en los horarios. Llegaron a la cuarta carrera y apostaron 20 dólares. Nada. En la quinta apostaron a un potro azabache, nervioso, que estuvo a medio cuello de regalarles el triunfo. En la sexta los 20 dólares fueron para la yegua favorita, importada de Cuba, pero tropezó en el arranque y ese rezago fue como un fantasma al que nunca logró rebasar. En la séptima le apostaron los últimos dólares a un tordillo simpático, de nombre *TV Screen*, que hacía meses que no lograba más que terceros lugares. Un caballo de relleno, a todas luces, pero qué son 12 dólares en una luna de miel entibiada por la brisa del Caribe.

“¡Viste eso! ¡Viste eso!”, gritaba sin preguntar *Lizzy*. El viejo tordillo acababa de cruzar frente a la meta, un cuerpo por delante del favorito, ¡y pagaba 340 a uno!

¡Juá!, qué maravilla todos esos billetes y sí, claro que

sí: se casarían esa misma noche, cenarían langosta y descorcharían las champañas necesarias para amarse entre carcajadas. Desnudos a media noche brindaron por la última victoria, seguramente, de ese cuaco bautizado en el colmo de la ridiculez.

TV Screen, *TV Screen*, se repetía James Plynka, adormilado junto a esa mujer sin complicaciones, maquillajes ni psicoanálisis. Acababa de cumplir 33 años y aunque esos dólares no eran demasiados, sí le permitían un pronóstico de felicidad inmediata. Qué es la vida, después de todo, sino que... Pero el sueño terminó por vencerlo.



Dormido llegaron los caballos. Galopaban en la pradera, bajo el plumizo manto de la tormenta que reventaría de un momento a otro, y el pequeño James huérfano apostaba su par de dólares al caballo de manchas negras. Era su cumpleaños, el caballo extendía el tranco en la séptima carrera mientras se desataba la tormenta y él gritaba eufórico por la inminente victoria...

“¡Flashlight! ¡Flashlight!”, despertó pronunciando James Plynka, y le entristeció no estar más en la pista clandestina que ya se enfangaba en Camden. Apaciguó a Lizzy, que no se preocupara, y mientras le susurraba palabritas algo estalló de pronto en su memoria. La piel de Plynka fue entonces un páramo de sudor helado.

Y como lo suyo fueron siempre las matemáticas secretas, ahí estaba la evidencia: ¿o qué eran aquellos destellos eslabonados de fortuna? Dejó la cama sigilosamente y se depositó en el sofá de la habitación. Hizo memoria, de nueva cuenta, pero sin el velo ya de los encantamientos oníricos. Recordar pura y llanamente esos tres cumpleaños: era 1935 cuando al cumplir 11 años ganó su favorito, *Flashlight*; fue en 1946, al cumplir 22, cuando la potranca *Elektra* lo obsequió con aquel Ford T, y ahora, al cumplir 33, *TV Screen* le entregaba aquel bulto de billetes sobre la mesa.

“¡Y todos en la séptima carrera!”, volvió a gritar, pero se contuvo al mirar a Lizzy revolviéndose alterada entre las sábanas. Después de todo, ¿no había nacido él un día siete del séptimo mes... ante la descarga de una silla eléctrica? ¿Eran esos pensamientos científicos? ¿Podría alguien relacionar esas coartadas del azar? Y como las preguntas seguían derivando en avalancha, decidió poner fin a todo ello con medio vaso de escocés y un hielo que arrebató a la nevera. Eso sí, se dijo al volver a la tibieza de las sábanas: “No se lo diré a nadie.”

Once años después, en el hipódromo de Atlantic City, hubo un caballo de nombre *Sparks* en la séptima carrera y que distaba mucho de ser el favorito. Llegó primero, pagó 90 a uno y James Plynka, celebrando su cumpleaños número 44, había apostado la no despreciable cantidad de tres mil dólares. Con aquella ganancia cumplió la hipoteca bancaria y Lizzy montó una tabaquería.

El 7 de julio de 1968 el diario local de Palm Springs reseñó el feliz caso de un turista que había celebrado su cumpleaños apostando en la séptima carrera a *Lighter*, un jamelgo a punto de la carnicería, y que había pagado 170 a uno. “Al parecer el afortunado forastero”, refería la columna deportiva del *Springs Chronicle*, “apostó la nada despreciable cantidad de cien de los grandes, por lo que hubo que

cubrir la deuda con una remesa enviada ex profeso por la sucursal del Chemical Bank de San Diego”.

Algo similar ocurrió 11 años después en el hipódromo de Buenos Aires: un potro cuatralbo, bautizado *Toquecitos*, ganó sorpresivamente en la séptima y debió pagar 65 a uno.

Lizzy Plynka, importante accionista de la corporación Marlboro, falleció en 1994. Su viudo hizo lo imposible por olvidar el duro golpe. Dueño del casino Pink Floresta, en Las Vegas, James Plynka adquirió las últimas acciones que restaban para controlar totalmente el remozado Club Astoria de Atlantic City.

Así, una tarde en que jugaba a los números en una servilleta de papel, el viejo Plynka advirtió que en ese 1995 cumpliría 71 años. Muy difícilmente llegaría a los 77, así que jugando jugando descubrió que 71 era el reverso de 17, ¡y el 7 de enero sería la semana próxima! “Siete del uno”. No quiso aventurarse muy lejos y eligió el hipódromo de Agua Caliente, en Tijuana.

Era tarde brumosa, de invierno, la de la fecha. Llegó con su ayudante cargando el portafolios repleto de billetes. Indagó la apuesta máxima permitida, y no le sorprendió demasiado encontrar en la lista de la séptima a un caballo denominado *Fiat Lux*. El gerente debió salir de su oficina para aquilatar aquellos ciento veinte mil dólares apostados contra todo pronóstico.

James Plynka llegó a la tribuna apenas para mirar el arranque. Su caballo no era, ni muchos menos, el favorito, pero ahí estaban las coincidencias, su vida toda, en esa pista anegada por la lluvia. “Caballo viejo para camino mojado” era una máxima de los apostadores hípicas, y *Fiat Lux* había cumplido ya los cuatro años, todo un veterano en esa pista mexicana.

Al escuchar el clamor del arranque James Plynka sintió una pulsión renovada. Le emocionaba ya no emocionarse porque desde el principio su caballo aventajaba en aquella pista más que mojada. La lluvia era ya una cortina que apenas si dejaba asomar la curva del medio furlong, cuando Plynka advirtió que su caballo se atrasaba. ¿Qué era aquello! Trepó en la tarima encharcada, se aferró a la valla metálica y decidió gritar a ese caballo estúpido en la quinta posición: “¡*Fiat Lux!* ¡*Fiat Lux!*...”, sólo que el relámpago enmudeció a todos. El rayo se había impactado contra la tribuna como obús jupiterino, y fue imposible modificar el gesto emocionado, de adrenalina furiosa, que presentaba aquel cadáver achicharrado.

Fiat Lux ganó, sorpresivamente y por medio cuello, la fatídica séptima carrera. Nadie aplaudió su triunfo. Pagó 77 a uno. ♦